



UNIVERSIDAD BÍBLICA  
**LATINOAMERICANA**  
PENSAR • CREAR • ACTUAR

**BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS**

## **LECTURA SESIÓN 8**

### **CT 117 HISTORIA DE LA IGLESIA II**

Williams, Eric. “Los santos y la esclavitud”. En *Capitalismo y esclavitud*, traducción de Daniel Rey Díaz y Francisco Ángel Gómez, 161-176. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

## LOS "SANTOS" Y LA ESCLAVITUD

Este estudio ha dejado deliberadamente en un segundo plano la inhumanidad del sistema esclavista y el humanitarismo que destruyó ese sistema. No obstante, olvidarlos totalmente significaría cometer un grave error histórico e ignorar uno de los más grandes movimientos propagandísticos de todos los tiempos. Los humanitarios fueron la punta de lanza en el ataque frontal que destruyó el sistema de las Indias Occidentales y liberó al negro. Pero su importancia ha sido seriamente mal comprendida y groseramente exagerada por individuos que han sacrificado el saber al sentimentalismo, y que, como los escolásticos del pasado, colocan la fe antes que la razón y la evidencia. El profesor Coupland, en una entrevista imaginaria con Wilberforce, pregunta a éste: "¿Cuál piensa usted que es, señor, la principal significación de su obra, la lección de la abolición del sistema esclavista?" La respuesta instantánea es: "Fue obra de Dios. Representa el triunfo de Su voluntad sobre el egoísmo humano. Demuestra que ningún obstáculo de intereses o prejuicios es indestructible mediante la fe y la oración."<sup>1</sup>

Tal comprensión equivocada proviene, en parte, de un deliberado intento de los contemporáneos por presentar una imagen distorsionada del movimiento abolicionista. Cuando la trata de esclavos fue abolida en 1807, el proyecto de ley incluía la frase de que la trata era "contraria a los principios de justicia, humanidad y sana política". Lord Hawkesbury se opuso; en su opinión, las palabras "justicia y humanidad" perjudicaban a los traficantes. En consecuencia, Hawkesbury propuso una enmienda que excluía esas palabras. Al hacer esto, limitaba la necesidad de la abolición únicamente a la conveniencia. El Lord Canciller protestó. La enmienda eliminaría la única base sobre la cual podría pedirse la cooperación de las otras potencias para lograr la abolición. El conde de Lauderdale declaró que las palabras omitidas eran las más importantes del proyecto. La omisión daría base a la sospecha francesa

de que la abolición británica estaba dictada por el propósito egoísta de que sus colonias estuviesen bien provistas de negros. “¿Cómo pudiéramos pedir a las potencias extranjeras que cooperen en la abolición, si se sospecha que no estamos dispuestos a hacer sacrificios?” Los Lores votaron a favor de la versión original.<sup>2</sup>

Los humanitarios británicos eran un grupo brillante. Clarkson representa lo mejor del humanitarismo de la época. Incluso hoy día se pueden apreciar sus sentimientos cuando, al meditar sobre el tema de su laureado ensayo, lo primero que hace es llamar la atención sobre la enorme injusticia de la esclavitud. Clarkson fue un trabajador infatigable, que condujo infinitas y peligrosas investigaciones sobre las condiciones y consecuencias de la trata de esclavos; fue un prolífico panfletista, cuya historia del movimiento abolicionista constituye aún un clásico. Sus trabajos en la causa de la justicia para con África fueron llevados a cabo al costo de grandes incomodidades personales, e impusieron un severo sacrificio a sus escasos recursos. En 1793, Clarkson escribió una carta a Josiah Wedgwood que contenía algunos de los más elevados sentimientos que motivaban a los humanitarios. Clarkson necesitaba dinero, y deseaba vender dos de sus acciones en la Compañía de Sierra Leona, fundada en 1791 para promover el comercio legítimo con África. “Pero —señalaba—, yo no estaría dispuesto a permitir que se convirtiera en comprador nadie que no quedara satisfecho con el buen resultado para África, sino con los grandes beneficios comerciales que para él se derivasen; no es que lo último no pueda esperarse, pero en caso de un fracaso, yo desearía que su inteligencia fuera lo suficientemente clara como para comprender que él ha sido un instrumento en la introducción de la luz y la felicidad en un país donde la inteligencia ha sido mantenida en la oscuridad, y el cuerpo alimentado sólo por cadenas europeas.”<sup>3</sup> Demasiado impetuoso y entusiasta para algunos de sus colegas,<sup>4</sup> Clarkson fue uno de esos amigos con los que ha contado la raza negra desgraciadamente en muy poca cantidad.

Después estaban James Stephen, padre, y James Stephen, hijo. El padre había sido abogado en las Indias Occidentales, y conocía la situación de primera mano. El hijo se convirtió en el primero y más sobresaliente de los subsecretarios permanentes del Colonial Office, el “Supersecretario Stephen” y el “Señor Madre Patria” de burlas inamistosas. Desde este cargo, mantuvo Stephen una atenta vigilancia en favor de los intereses de sus desamparados protegidos, los negros esclavos. Constantemente espoleaba a Wilberforce para que realizara mayores y más públicos esfuerzos, en vez de la política de peticiones y entrevistas con los ministros. El único objeto de investigar los crímenes coloniales era “darlos a co-

nocer al público inglés, y armarnos con la indignación pública".<sup>5</sup> Stephen no se dejaba impresionar por los argumentos de los colonos. "La pérdida de una mansión o de un carruaje, por dolorosa que pueda ser, difícilmente puede compararse a la prolongada exclusión de esas ventajas normales de la vida humana a la cual, según indican los hechos comprobados del caso, están sometidos los esclavos...<sup>6</sup> El fin último de la sociedad humana —la protección de la vida, la propiedad y la reputación— debe preferirse a sus fines secundarios: el disfrute de privilegios particulares."<sup>7</sup> Era el fideicomiso en su forma más noble y en su lenguaje más elevado. Stephen redactó el Proyecto de Ley de Emancipación, que incluía concesiones que él estaba renuente a hacer a los colonos. Donde los otros se acomodaban y se felicitaban a sí mismos, el subsecretario permanente continuaba vigilando la legislación colonial con celo y desconfianza. "Franquicias populares en manos de los amos de un gran cuerpo de esclavos —escribía en 1841— eran los peores instrumentos de tiranía creados jamás para la opresión de la humanidad."<sup>8</sup> En aquellos días, y bajo un administrador así, el gobierno de Colonia Real\* era un paso notable en la protección de los pueblos débiles.

Uno de los primeros, más hábiles y más diligentes de los abolicionistas lo fue James Ramsay, quien, como rector en las Indias Occidentales, había tenido cerca de veinte años de experiencia con la esclavitud. "El único uso que puede hacerse de mí en el asunto—escribía Ramsay a Wilberforce en 1787—, es como pionero para remover obstáculos; utilíceme en este sentido y me sentiré feliz."<sup>9</sup> Ramsay conocía por experiencia la alta mortalidad ocasionada por la trata de esclavos entre los marinos blancos; él podía hablar con datos de primera mano sobre la gran mortandad que se producía entre los esclavos debido al trabajo excesivo en las plantaciones.<sup>10</sup> Los colonos lo acosaban con saña especial. "Ramsay ha muerto —se vanagloriaba uno de ellos—. Yo lo he matado."

Junto a estos hombres, Wilberforce, con su rostro afeminado, disminuía en estatura. Había cierto artificio en este hombre, en su vida y en su religión. Como dirigente, Wilberforce era inepto, adicto a la moderación, al compromiso y al dejar las cosas para después. Predicaba medidas extremas y temía a la agitación popular. Confiaba en la protección aristocrática, en la diplomacia parlamentaria y en la influencia privada de los hombres en el poder.<sup>11</sup> Era un cabildero, y se decía popularmente que su voto podía predecirse siempre con seguridad, porque sería sin duda opuesto a su discurso.<sup>12</sup> "Generalmente —decía Tierney—, su fraseología se adapta para complacer a todos los bandos; y si, ahora o después, pierde el equilibrio de su argumentación y se inclina un poco hacia uno de los lados, se recupera rápidamente y se desvía en dirección

\* Colonia Real (Crown Colony): una colonia del Commonwealth británico, sobre la cual la Corona mantiene cierto control. (Nota del traductor.)

opuesta tanto como sea necesario para hacer una clara división en partes iguales de la cuestión que se discute."<sup>13</sup> Pero Wilberforce era un orador elocuente y persuasivo, con una voz melodiosa que le ganó el apodo de "el ruiseñor de la Cámara". Y, sobre todo, tenía reputación de ser un hombre de ideas trascendentes, y es innegable que esta reputación, y su abnegación en la causa, fueron poderosos factores que llevaron a Pitt a sugerir que Wilberforce dirigiera la cruzada parlamentaria.

Estos eran los hombres a quienes los colonos llamaban visionarios y fanáticos, y a quienes comparaban con hienas y tigres.<sup>14</sup> Con la ayuda de los otros —Macaulay, Wesley, Thornton y Brougham—, estos hombres lograron dar a los sentimientos antiesclavistas en Inglaterra casi el carácter de una religión. Estos reformadores religiosos, que hicieron de Clapham más que una enrucijada ferroviaria, eran apropiadamente conocidos como "los Santos". La propia emotividad que despierta un fenómeno así, exige una gran precaución por parte de los estudiantes de las ciencias sociales. Porque, como se ha sostenido por muchos, si la esclavitud cae en los dominios de la teología, con el monopolio no ocurre de ningún modo lo mismo.

Los abolicionistas no eran radicales. En su actitud hacia los problemas internos eran reaccionarios. Los metodistas ofrecían a los obreros ingleses biblias en lugar de pan, y los capitalistas de Wesleyan mostraban un abierto desprecio por la clase obrera. Wilberforce estaba familiarizado con todo lo que ocurría en las bodegas de un buque negrero, pero ignoraba lo que ocurría en el fondo de las minas. Wilberforce apoyó las Leyes de Granos, fue miembro del comité secreto que investigó y reprimió el descontento de la clase obrera en 1817, se opuso a las asociaciones antiesclavistas femeninas, y consideraba demasiado radical el primer Proyecto de Ley de Reforma.<sup>15</sup>

El error inicial en el que muchos han caído es el de considerar que los abolicionistas, desde el mismo principio, nunca ocultaron su intención de luchar por la total emancipación. Durante largo tiempo los abolicionistas evadieron y repudiaron repetidamente cualquier idea de emancipación. Su interés se limitaba a la trata de esclavos, cuya abolición, según pensaban, conduciría eventualmente, y sin intervención legislativa, a la libertad. En tres ocasiones el Comité de Abolición negó expresamente cualquier intención de emancipar a los esclavos.<sup>16</sup> En 1807, Wilberforce repudió públicamente una intención semejante.<sup>17</sup> El obispo de Rochester afirmó que los abolicionistas obraban sobre la base de nociones no quiméricas de igualdad y de derechos inalienables del hombre; ellos defendían vigorosamente las jerarquías de la sociedad civil.<sup>18</sup> En 1815, la Institución Africana señaló claramente que esperaba la emancipación por decisión de los propietarios de esclavos.<sup>19</sup>

No fue sino hasta 1823 que la emancipación se convirtió en propósito manifiesto de los abolicionistas. La razón principal fue la persecución de los misioneros en las colonias —la muerte de Smith en Guayana, la expulsión de Shrewsbury de Barbados, la persecución de Knibb en Jamaica. Incluso entonces la emancipación debía ser gradual. “Nada de precipitación —advertía Buxton—, nada de apresuramiento, nada de brusquedad, nada que conlleve alguna clase de violencia.” Y, sobre todo, *pas de zèle*.<sup>\*</sup> La esclavitud nunca sería abolida. “Ella se apagará; ella declinará; ella expirará; ella se consumirá, como ya ocurrió en el pasado, y desaparecerá... La dejaremos marchitarse —lentamente, silenciosamente, casi imperceptiblemente; la dejaremos morir, y todos la olvidarán.”<sup>20</sup> Igual que en Estados Unidos, la esclavitud languidecería poco a poco. La esperanza no se realizó tampoco en Inglaterra, aunque los antillanos eran demasiado débiles y demasiado poco numerosos como para emprender una guerra civil.

Esta era la situación en 1830, cuando la revolución de julio estalló en Francia y avivó las llamas de la reforma parlamentaria en Inglaterra. Los abolicionistas continuaban aún cabildeando y contemporizando, y enviando peticiones y delegaciones a los ministros, mientras que la esclavitud colonial y el monopolio colonial seguían en pie. “Era en consecuencia necesario que apareciera otro grupo de hombres, de naturaleza más ardiente y más robusta, si bien menos refinada, para hacerse cargo de las cosas, y no tanto para reemplazar como para complementar los esfuerzos de sus más cautos y vacilantes colegas.”<sup>21</sup> Conservadores y radicales chocaron en un gran mitin antiesclavista celebrado en mayo de 1830. Buxton había propuesto las resoluciones de costumbre, “con admirable palabra, con admirable indignación, pero... con admirable prudencia.” Pownall se puso en pie para proponer su enmienda: abolición inmediata. El efecto sobre los delegados fue electrizante. Buxton imploró, Brougham medió, Wilberforce pidió silencio con la mano, pero la enmienda fue propuesta y “aprobada con una explosión de exaltado triunfo”.<sup>22</sup> La nueva política fue admirablemente enunciada por uno de los amigos de Sturge: “La culpa tocará a nuestra propia puerta si no agitamos, agitamos, agitamos... El pueblo debe emancipar a los esclavos, porque el gobierno nunca lo hará.”<sup>23</sup>

En lo que a la dirigencia abolicionista se refiere, no obstante, su actitud hacia la esclavitud de las Indias Occidentales debe ser analizada en relación con su actitud hacia la esclavitud en otras partes del mundo. Su condena de la esclavitud se limitaba sólo al negro, y específicamente

\* “Pas de zèle”: Nada de celo. (Nota del traductor.)

al negro en las Indias Occidentales británicas. La India era punto y aparte.

En su campaña contra los colonos de las Indias Occidentales, los abolicionistas inauguraron lo que Cochin ha llamado "una especie de mojigata y necia cruzada".<sup>24</sup> Los abolicionistas exhortaban a sus simpatizantes a boicotear los artículos producidos por esclavos, en favor de la producción libre de la India. Esta cruzada fue recomendada por el Comité de Abolición en 1795,<sup>25</sup> y por muchos panfletistas. William Fox comunicaba al pueblo británico en 1792 que con cada libra de azúcar consumía dos onzas de carne humana.<sup>26</sup> Mediante un elaborado cálculo matemático se estimó que, si una familia que consumía cinco libras de azúcar a la semana se abstenía de consumirlas durante veintiún meses, un negro sería salvado de la esclavitud y la muerte.<sup>27</sup> El consumidor de azúcar era "el promotor, *el gran causante de toda esta horrible injusticia*".<sup>28</sup> A la Asociación Femenina contra la Esclavitud Africana, de Peckham, se le informó que, al substituir el azúcar de las Indias Occidentales por el de las Indias Orientales, se socavaría el sistema esclavista en la forma más segura, fácil y efectiva.<sup>29</sup> Se hizo circular una octavilla antiesclavista titulada *Llamado del negro esclavo a los amigos de la humanidad*. El negro rogaba: "Y ahora, mi amo, *sé amigo de la libertad, sé hombre bueno, ten piedá del pobre negro, yo te pido comprar el Azúca de Oriente, no el azúca esclava, la libre, y entonse, mi amo pensará y dirá, nosotros no vamo a vender má el azúca esclava, lo esclavo no deben ser esclavo, deben ser libre, y nosotros pagamo lo sueldo, y entonse el trabajo se va a haser mejor y se va haser má trabajo, y nosotros entonse venderemo má azúca y ganaremo má dinero.— Lo hombre de Oriente son hombre que saben, y lo hombre sabio de Oriente no hasen azúca esclava, hasen azúca libre, libre, libre.*"<sup>30</sup> Y no sólo se trataba del azúcar, sino también del algodón. Entre las damas se inició un movimiento para estimular el consumo de algodón producido por hombres libres,<sup>31</sup> movimiento que, según Gurney, haría más por la abolición de la esclavitud en Norteamérica que todos los panfletos abolicionistas.<sup>32</sup> Como lo señalaban los abolicionistas irlandeses, su propósito era "universalizar el consumo de productos tropicales producidos con trabajo libre."<sup>33</sup>

Pero los sabios hombres del Oriente no eran más puros que los pecadores colonos del Oeste. La ley que emancipaba a los esclavos de las Indias Occidentales británicas sufrió su tercera discusión el 7 de agosto de 1833. Cuarenta y ocho horas antes, se había presentado a la Cámara de los Lores, para su prórroga, la carta constitucional de la Compañía de las Indias Orientales. El proyecto incluía una cláusula en la que se declaraba que la esclavitud "debía ser abolida" en la India. Lord Ellenborough expresó su asombro de que una proposición semejante se hubiese introducido alguna vez en la mente de algún estadista. Lord Auckland defendió el proyecto: "Ha sido elaborado con la mayor pre-

caución, conforme a la destrucción de un odioso sistema; así como poniendo el mayor cuidado en evitar ingerencias en las costumbres de los nativos." El duque de Wellington exhortó a Sus Excelencias a que trataran la cuestión con prontitud, si era que les importaba la conservación de la India británica. Era una innovación violenta, absolutamente innecesaria, que provocaría el mayor descontento, si no la más amplia insurrección.<sup>34</sup>

Más tarde, el gobierno hizo repetidas declaraciones en el Parlamento, en el sentido de que la Compañía de las Indias Orientales estaba preparando una legislación con el propósito de "mejorar" la esclavitud, y que tal legislación sería presentada al Parlamento. Pero la legislación prometida nunca llegó. "El gobierno de la India estaba dando los pasos necesarios para mejorar la situación de la esclavitud, de manera que, en muy breve periodo, se llegaría a la total extinción de la misma."<sup>35</sup> Esto era en 1837. Hacia 1841, ni una sola de las medidas y regulaciones para mitigar la esclavitud había sido presentada.<sup>36</sup> Y cuando se planteó la cuestión de la igualación de los derechos sobre el ron de las Indias Orientales, y se argumentó que el ron de las Indias Orientales era producido por esclavos, el primer ministro Peel replicó que "posponer la igualación... hasta que se haya decidido efectivamente esa abolición, sería aplazar su cumplimiento hasta un momento mucho más lejano que el que pudieran desear incluso los más ardientes defensores de los colonos de las Indias Occidentales".<sup>37</sup> En defensa de los colonos de las Indias Orientales se alegó, en 1842, que los mismos habían prohibido la venta de niños para la esclavitud en épocas de escasez.<sup>38</sup> Diez años después de la "gran expiación" británica, el conde de Auckland no negaba que "alguna situación de servidumbre, más o menos dolorosa, podría existir aún";<sup>39</sup> y Peel consideraba que medidas como las que habían sido adoptadas "parecían perfectamente calculadas para detener el progreso de la esclavitud y evitar los abusos, y al ser aplicadas en todas partes de la India bajo nuestro control, o a donde llegue nuestra influencia, contribuirían en grado sumo a la supresión de la esclavitud."<sup>40</sup>

Ésta era la producción tropical que los abolicionistas recomendaban al pueblo inglés. Clarkson exhortaba a los ingleses a "demostrar su repudio hacia el sistema de los colonos no consumiendo sus productos",<sup>41</sup> y en 1840 continuaba en espera de que la Compañía de las Indias Orientales extirpara la esclavitud "por medios que son perfectamente *morales y pacíficos*... especialmente el *cultivo de la tierra* y el empleo del *trabajo libre*."<sup>42</sup>

Los abolicionistas actuaban así no por ignorancia. Como una defensa de la Compañía de las Indias Orientales, Zachary Macaulay exponía que la misma "había obtenido el dominio sobre territorios que habían pertenecido con anterioridad al gobierno hindú y mogol. En consecuencia, la compañía no podía ser culpada si, al tomar posesión de esos territorios,



encontró en vigencia principios que, no importa cuán adversos fueran a sus sentimientos, hubiera sido riesgoso modificarlos sin la debida precaución".<sup>43</sup> En 1837, Buxton expresaba el temor de que el azúcar produjera en el Oriente un sistema de esclavitud tan infausto como el que había producido en el Oeste. El vocero gubernamental le aseguró que esto no ocurriría. Buxton "se sintió muy agradecido... por esa seguridad".<sup>44</sup> En 1843, Brougham continuaba esperando con gran confianza la abolición de la esclavitud en la India, "un objetivo que no se logrará tanto por medio de la legislación, o aplicando la violencia a la propiedad", como mediante la exhortación a los propietarios nativos de esclavos a que declaren libres a sus niños después de cierta fecha.<sup>45</sup>

Algunos de los miembros de la secta de Clapham poseían intereses en las Indias Orientales, y "quizá su aborrecimiento por la esclavitud de las Indias Occidentales se veía agudizado por la injusta discriminación de los derechos azucareros en favor de las Indias Occidentales y contra las cada vez más numerosas plantaciones azucareras de la India."<sup>46</sup> Los Thornton poseían capitales en las Indias Orientales;<sup>47</sup> un miembro de la familia participó en el debate sobre el comercio azucarero realizado en 1793 en la East India House, y negó la existencia de algún acuerdo en favor del monopolio de las Indias Occidentales.<sup>48</sup> Zachary Macaulay poseía acciones en la Compañía de las Indias Orientales, y fue uno de los nueve signatarios que convocaron la reunión de la Corte de Propietarios en 1823 para discutir la cuestión azucarera.<sup>49</sup> En un vibrante panfleto en 1823, Macaulay declaraba que los antillanos "no tienen más derecho a pedir la continuación de un impuesto protector sobre el azúcar, con perjuicio evidente para la India y Gran Bretaña, que el que habían tenido antes para pedir la continuación de la trata de esclavos, en perjuicio evidente de África".<sup>50</sup> El discurso de Macaulay en 1823, en el debate sobre el comercio azucarero celebrado en la East India House, fue una diatriba tal contra la esclavitud que uno de los oradores que le siguieron tuvo que recordarle que "si la trata de esclavos era diez veces peor de lo que se había dicho que era, ellos no estaban allí reunidos para considerar esa cuestión".<sup>51</sup>

Más importante que Thornton o Macaulay lo fue James Cropper. Prominente abolicionista, Cropper fue el mayor importador de azúcar de las Indias Orientales a Liverpool, y fundador y presidente de una firma independiente de las Indias Orientales, la Cropper, Benson y Compañía, de Liverpool, con operaciones diarias de mil libras esterlinas.<sup>52</sup> Cropper sabía que sus intereses privados hacían sospechosas sus motivaciones.<sup>53</sup> Los antillanos subrayaban el hecho de que Cropper había importado de Estados Unidos, en una ocasión, algodón producido por esclavos.<sup>54</sup> Cropper explicaba el asunto de la siguiente manera: "Yo veía ese monstruo horrendo, la esclavitud, en los últimos estertores, en la agonía de la muerte, buscando un apoyo que pudiera prolongar su existencia..."

Yo no podía soportar el temor a los reproches, por estar interesado en obtener lo mejor del sentimiento supremo del humanismo y el deber. Yo no me atrevía a enfrentar los reproches de mi propia conciencia.<sup>55</sup> En su argumentación antiesclavista, Cropper se negaba a alejarse de las consideraciones comerciales. La esclavitud, según escribía, "sólo puede ser lucrativa en *tierras fértiles*, y entre una población escasa, como en los nuevos estados de Norteamérica, donde con dos días de trabajo se puede comprar un acre de tierra."<sup>56</sup> Analizando la abolición de la esclavitud en Europa, en los estados norteamericanos de la Unión y en ciertas partes de la América del Sur, Cropper llegaba a la conclusión de que el hecho de que la emancipación no había sido extensiva allí donde el trabajo esclavo era provechoso, indicaba que "los esfuerzos de los hombres de bien han sido más exitosos cuando se han coligado con causas naturales".<sup>57</sup> Cuando Cropper escribía líricamente sobre la destreza y la laboriosidad manufactureras británicas, "liberadas de subvenciones, sin ayuda de inútiles monopolios, floreciendo con ilimitada libertad",<sup>58</sup> pensaba menos en la esclavitud de las Indias Occidentales que en el monopolio de las Indias Occidentales. ¿Por qué no debía Gran Bretaña abastecer al continente con azúcar refinado, así como con algodón manufacturado?<sup>59</sup> Pero cuando los antillanos le preguntaban, incisivamente, si se refería a introducir tanto el azúcar del Brasil como de la India, Cropper replicaba que todo el azúcar debía ser admitido con un impuesto uniforme, a condición de que Brasil y Cuba accedieran a abolir la trata de esclavos.<sup>60</sup> ¿Qué se había hecho entonces de sus "causas naturales"? Su doble posición, de humanitario y economista, lo conducía a inconsecuencias. En su hogar, una vajilla especial llevaba dibujado un negro encadenado, y en 1837 adquirió 12 000 pequeñas botellas, que llenó con muestras de azúcar y café producidos por esclavos y distribuyó entre correligionarios y miembros del Parlamento.<sup>61</sup> Pero el apoyo de los "benévoloos ciudadanos"<sup>62</sup> de Liverpool hizo un daño incalculable a la causa del humanitarismo.

Thomas Whitmore, líder de las Indias Orientales en el Parlamento, fue vicepresidente de la Sociedad Antiesclavista, y al mismo tiempo candidato a la dirigencia del Partido Antiesclavista.<sup>63</sup> El diario de Wilberforce dice el 22 de mayo de 1823, fecha de la moción sobre los derechos azucareros presentada por Whitmore: "Nadie interesado en la cuestión, salvo los de las Indias Orientales y unos cuantos de nuestros antiesclavistas; los antillanos y el gobierno contra nosotros."<sup>64</sup> Los dos relatores por parte de las Indias Orientales fueron Whitmore y Buxton.<sup>65</sup> De todos los abolicionistas, sólo uno, Brougham, estaba opuesto a la igualdad de los derechos, sobre la base de que tal cosa arruinaría muy pronto todo el archipiélago de las Indias Occidentales.<sup>66</sup>

Esta relación entre individuos de las Indias Orientales y ciertos abolicionistas no ha sido plenamente apreciada. Coupland es evidentemente

infeliz en su visión del problema, como lo demuestra su preocupación por la "sinceridad" de ambos grupos.<sup>67</sup> Klingberg habla de "cooperación"<sup>68</sup> Burn está convencido de que los ataques contra el desinterés de Cropper eran infundados.<sup>69</sup> La explicación de Ragatz es la más satisfactoria de todas: Cropper era "uno de esos casos excepcionales en los cuales la conducta no está determinada en primera instancia por el interés personal, aunque ellos puedan coincidir accidentalmente".<sup>70</sup> No obstante, la verdadera significación del apoyo de los abolicionistas a las Indias Orientales, y posteriormente al azúcar de Brasil, es que los aspectos envueltos en la cuestión no eran solamente la inhumanidad de la esclavitud de las Indias Occidentales, sino también la improductividad del monopolio de las Indias Occidentales.

Después, la India, Brasil y Cuba. Ningún humanitario podía, por mucho que se esforzase, justificar ninguna propuesta encaminada a afianzar aún más las cadenas de la esclavitud en los negros de Brasil y Cuba. Eso era precisamente lo que significaba el libre comercio en azúcar. Porque después de 1807, a los colonos de las Indias Occidentales británicas se les negó la trata de esclavos, y después de 1833 el trabajo esclavo. Si los abolicionistas habían recomendado el azúcar de la India, incorrectamente, sobre la base del principio humanitario de que era producido con trabajo libre, era su deber para con sus principios y su religión el boicotear el azúcar de Brasil y Cuba, que era producido por esclavos. El que no lo hayan hecho así no quiere decir que estuviesen equivocados, pero es innegable que su falla en no adoptar una medida semejante destruye completamente la argumentación humanitaria. Después de 1833, los abolicionistas continuaron oponiéndose a los colonos antillanos, que entonces empleaban fuerza de trabajo libre. Si antes de 1833 habían boicoteado al propietario británico de esclavos, después de 1833 abrazaron la causa del propietario brasileño de esclavos.

Al principio, los abolicionistas no habían limitado su atención a la trata británica de esclavos. Ellos habían soñado con nada menos que la abolición total y universal de la trata. Los abolicionistas se aprovecharon del retorno de la paz en 1815, y de las conferencias internacionales entonces en boga, para diseminar sus puntos de vista. Enviaron "cargamentos de charlatanería" al Parlamento;<sup>71</sup> en treinta y cuatro días en 1814, enviaron 772 peticiones, con un millón de firmas.<sup>72</sup> Denunciaron la declaración contra la trata de esclavos del Congreso de Viena, donde habían vencido sobre el plenipotenciario británico, Wellington, y estaban incluso dispuestos a ir a la guerra por la abolición.<sup>73</sup> Ganaron el apoyo del zar de Rusia.<sup>74</sup> Enviaron un observador especial, Clarkson, a la Conferencia de Aix-la-Chapelle. Estaban listos a luchar con Francia por todos

los medios para evitar la reconquista francesa de Santo Domingo,<sup>75</sup> y se mostraban renuentes a reconocer la independencia del Brasil frente a Portugal sin haber recibido antes la promesa explícita de una renuncia a la trata de esclavos. Obligaron al gobierno británico, mediante una "violencia amigable",<sup>76</sup> a desplegar una escuadra ante la costa africana para suprimir por la fuerza la trata de esclavos.

La presión ejercida sobre el gobierno era terrible. El gobierno pedía tiempo, pedía cautela. "La moral —decía Castlereagh— nunca ha sido bien enseñada mediante la espada."<sup>77</sup> Castlereagh pedía a los humanitarios "moderar sus virtuosos sentimientos y colocar su preocupación por África bajo el dominio de la razón".<sup>78</sup> Pero los abolicionistas no dieron tregua al gobierno. Como confesara Liverpool a Wilberforce en cierta ocasión: "Si yo no estuviera ansioso de que se aboliera por principio la trata de esclavos, debería saber el apuro al cual se expone cualquier gobierno en razón de la actual situación de ese asunto en este país."<sup>79</sup> El gobierno estaba considerablemente enmarañado en sus relaciones extranjeras, porque ellos sabían que todas las negociaciones eran inútiles. Pero ellos jamás se atrevieron a decir eso abiertamente. "Nunca lograremos —escribía Wellington a Aberdeen— que la trata extranjera de esclavos sea abolida. Pero debemos evitar cualquier paso que pueda hacer pensar al pueblo inglés que no haremos todo lo que esté a nuestro alcance para desalentar la trata y eliminarla tan pronto como sea posible."<sup>80</sup>

En unas inolvidables elecciones generales celebradas en 1831, en las cuales los candidatos fueron seleccionados sobre la base de sus puntos de vista acerca de la esclavitud, los abolicionistas arrastraron a los negros a las urnas atados con cadenas de oro, y donde no pudieron encontrar negros llevaron a deshollinadores. Los abolicionistas llenaron las tribunas electorales de todo el reino con grandes carteles en los que se veía a colonos blancos flagelando a mujeres negras.<sup>81</sup> En sus campañas, los abolicionistas apelaban al corazón y la conciencia de las mujeres británicas, y se acercaban incluso a los niños. Leeds publicó una serie antiesclavista para lectores juveniles. Se fabricó y vendió un cuadrante anti-esclavista, de manera que las personas de bien, disfrutando de las comodidades de una tarde hogareña en Inglaterra, pudieran conocer que los negros eran explotados en las plantaciones bajo el calor sofocante del sol tropical.<sup>82</sup> Esto ocurría en los años anteriores a 1833. Bliss estaba en ese amanecer.

Pero incluso en el amanecer habían comenzado a asomar las nubes de tormenta. Los abolicionistas boicoteaban los productos esclavistas de las Indias Occidentales británicas, teñidos con la sangre de los negros. Pero la propia existencia del capitalismo británico dependía del algodón norteamericano producido por esclavos, que estaba igualmente relacionado con la esclavitud y manchado de sangre. El antillano podía preguntar con razón si "la esclavitud era sólo censurable en países con los cuales esos

miembros no comerciaban, y donde no residían sus relaciones.”<sup>83</sup> Las respuestas que se daban eran muy curiosas. La persona que recibía de Norteamérica el algodón producido por esclavos, trataba con el producto del trabajo realizado por esclavos que no eran sus conciudadanos, y en la esclavitud de Estados Unidos no había ninguna evidencia de esa destrucción de la vida humana que era uno de los aspectos más terribles del sistema esclavista en las Indias Occidentales británicas.<sup>84</sup> Los boicoteadores del azúcar de las Indias Occidentales se sentaban en sillas de caoba cubana, ante escritorios de palisandro brasileño, y utilizaban tinteros fabricados con ébanos cortados por esclavos; pero “no sería bueno ir por ahí averiguando el linaje de cada silla y cada mesa”. En un país como Inglaterra, era imposible la abstinencia total de productos esclavistas, a no ser que quisiera regresar a las cavernas y vivir de raíces y semillas.<sup>85</sup> Como alegaban los abolicionistas de Newcastle, sólo “la compra innecesaria de una pizca de un producto esclavista envolvía al comprador en la culpa del propietario de esclavos.”<sup>86</sup>

¿Era necesario el azúcar brasileño? Los capitalistas decían que sí: era necesario para mantener el desarrollo del capitalismo británico. Los abolicionistas se colocaron del lado de los capitalistas. En 1833, Lushington, uno de los más antiguos abolicionistas, que representaba a un distrito refinador de azúcar, pidió al gobierno que no perdiera ni un momento en garantizar satisfacciones a sus electores, que no pedían subsidios, ni ventajas injustas, ni monopolios injustos.<sup>87</sup> Lushington tenía en mente a los refinadores azucareros de Tower Hamlets, no a los negros de las Indias Occidentales británicas. Buxton adoptó una curiosa posición. Si se podía demostrar que el azúcar extranjero que iba a ser importado se consumiría en Inglaterra, en vez de ser reexportado, él votaría que no. Pero se requería una tercera parte más de trabajo para refinar el azúcar en Brasil y luego importarlo a Gran Bretaña ya refinado. Consecuentemente, si se permitía que el azúcar extranjero fuese refinado en Gran Bretaña, se estaría substituyendo la maquinaria británica en casa por el trabajo esclavo en el exterior, y lógicamente se haría disminuir el trabajo esclavo y se desalentaría la trata de esclavos.<sup>88</sup> El Parlamento estaba atónito.<sup>89</sup> Bien podía ser.

Esto ocurría en septiembre de 1831. Dos años más tarde, Buxton se regocijaba con el éxito de su obra. “Se ha realizado un portentoso trabajo, al menos en lo que a este país se refiere.”<sup>90</sup> La Ley de Emancipación marcó el fin de los esfuerzos de los abolicionistas. Ellos estaban satisfechos. Nunca les pasó por la mente que la libertad del negro sería sólo formal si se permitía que continuara existiendo la plantación azucarera. Cuando en 1848 Gladstone continuaba pidiendo el derecho protector para los colonos, se encargó muy bien de aclarar que eso no tenía nada que ver con los negros. Gladstone no veía “ninguna razón por la cual debamos malgastar el dinero del país en dar un estímulo más a esa

situación, que es de comodidad plenamente adecuada a su posición en la sociedad y a sus deseos".<sup>91</sup> Los abolicionistas permanecieron en silencio. Nunca se les ocurrió que el negro podría desear la tierra. En Antigua, donde toda la tierra tenía dueño, los colonos y los esclavos afluyeron a las iglesias cuando la noticia de la emancipación llegó a la isla; dieron gracias a Dios por la bendición de la libertad, y regresaron a sus labores, elevados ahora los esclavos a la dignidad de obreros agrícolas que ganaban veinticinco centavos al día. Lo mismo ocurrió en Barbados, donde existían las mismas condiciones, salvo que los habitantes de esta isla omitieron las oraciones de agradecimiento. ¿Y dónde estaban los abolicionistas? "La raza negra —escribía Buxton— ha recibido el don divino de una peculiar aptitud para la recepción de instrucción moral y religiosa, y me parece que nunca ha habido en ninguna nación un llamado tan poderoso como el que se da hoy entre nosotros para satisfacer esta inclinación de ellos, para suministrarles ampliamente todos los medios de instrucción, para enviar misioneros, para crear escuelas, para enviar biblias. Esta es la única compensación a nuestro alcance. ¡Y es una compensación amplia! De esta manera, podemos recompensar todos los sufrimientos y dolores que hemos causado, y convertir al final el bárbaro alejamiento de su tierra natal al que han sido sometidos, en la mayor de las bendiciones para ellos."<sup>92</sup> E igualmente en cuanto a África. En 1840, Gurney escribía que "la fundamental y única cura radical de los vicios y miserias de África es el Cristianismo... No debemos nunca olvidar el supremo valor de la Evangelización."<sup>93</sup>

El bárbaro alejamiento de los negros de África continuó por lo menos durante veinticinco años más después de 1833, hacia las plantaciones azucareras de Brasil y Cuba. La economía brasileña y la economía cubana dependían de la trata de esclavos. Una actitud consecuente de los abolicionistas británicos hubiera sido la de oponerse a este comercio. Pero eso hubiera retardado el desarrollo de Brasil y de Cuba, y en consecuencia hubiera entorpecido el comercio británico. El deseo de azúcar barato, después de 1833, sobrepasó todo tipo de aborrecimiento por la esclavitud. Lejos estaba ya el horror que una vez había provocado la imagen del capataz de esclavos armado de un látigo; el capataz cubano de esclavos, armado con látigo, machete, cuchillo y pistola, y seguido por perros de presa, no suscitaba el más mínimo comentario por parte de los abolicionistas. Exeter Hall, el centro del humanitarismo británico, cedía el paso a la Manchester School, la punta de lanza del librecambismo británico.

Los abolicionistas, que habían sido una vez tan beligerantes con respecto a la trata de esclavos, eran ahora pacifistas. Buxton escribió un libro en el que condenaba la escuadra antiesclavista y la política de supresión forzosa de la trata de esclavos, por causar graves daños a un número cada vez mayor de personas.<sup>94</sup> Sturge reorganizó la Sociedad

Antiesclavista sobre una base puramente pacífica. Wilberforce, hijo, obispo de Oxford, dijo en un gran mitin abolicionista celebrado en 1840: "El total fracaso de todo intento por detener el progreso de la trata de esclavos mediante los tratados, las protestas o los armamentos navales, demuestra la necesidad de recurrir a una política preventiva, basada en principios diferentes y más elevados."<sup>95</sup>

El joven Buxton "no podía sino ver que estos altos principios por los cuales este país se había guiado durante tantos años, se veían ahora suplantados por otros que, aunque importantes en sí mismos, eran muy inferiores a aquéllos sobre la base de los cuales había él actuado en años precedentes".<sup>96</sup> La filantropía de Brougham era estimulada sólo por el azúcar y no por el algodón, sólo por la trata de esclavos y no por la esclavitud, sólo por la trata de esclavos entre África y Brasil y no por la trata de esclavos entre Virginia y Texas. Brougham condenaba como "una grosera perversión de las doctrinas del libre cambio" la política de obtener "azúcar barato al más alto costo de piratería, y tortura, y sangre".<sup>97</sup> Brougham sabía que habría sido una locura excluir el algodón norteamericano, por lo que, adoptando como su patrón de medida no la esclavitud, sino la trata de esclavos, argumentó que mientras no tenía derecho a intervenir en las instituciones internas de los estados independientes, sí tenía pleno derecho a exigir el cumplimiento de tratados firmados por estados independientes.<sup>98</sup> Según su interpretación, Estados Unidos no sustentaba la trata. Existía una diferencia, alegaba Brougham, entre la producción esclavista de azúcar en la Luisiana, incrementada por el aumento natural del número de esclavos más eficientes, y la producción esclavista de azúcar en el Brasil, incrementada por "el innatural, forzado e infernal comercio en negros llevado a cabo mediante la violencia y el fraude".<sup>99</sup>

Quizá el más grandioso discurso pronunciado jamás sobre la esclavitud, fue el de Thomas Babington Macaulay, más tarde Lord Macaulay, en 1845. Fue una obra maestra de claridad y lucidez, digna de un gran historiador. Tuvo un solo defecto: fue un discurso proesclavista, y no antiesclavista. "Mis obligaciones especiales con respecto a la esclavitud negra —dijo Macaulay agriamente—, terminan cuando la propia esclavitud deja de existir en esa parte del mundo de cuya prosperidad he sido responsable como miembro de esta Cámara." Macaulay se negó a transformar el código fiscal del país en un código penal para corregir los vicios en las instituciones de los estados independientes, y a transformar los aranceles en "un instrumento para premiar la justicia y el humanitarismo de algunos gobiernos extranjeros, y para castigar la barbarie de otros". Macaulay se enfrentó firmemente a la inconsecuencia de importar azúcar brasileña para refinación, pero no para consumo. "Nosotros importamos la maldita cosa; la almacenamos; empleamos nuestra experiencia y nuestra maquinaria para convertirla en más agradable a

la vista y el paladar; la exportamos a Liorna y Hamburgo; la enviamos a todos los cafés de Italia y Alemania; nos embolsamos un beneficio de todo esto; y entonces adoptamos un aire farisaico, y agradecemos a Dios el que no seamos iguales a esos pecadores italianos y alemanes que no tienen escrúpulos en tragarse el azúcar producido por esclavos.”<sup>100</sup> Ellos no se atrevían a prohibir la importación del azúcar brasileño, a no ser que quisieran hacer de Alemania una Warwickshire, y de Leipzig otra Manchester.<sup>101</sup> “No tendré dos patrones de derecho... No tendré dos pesas o dos medidas. No vacilaré, no jugaré con dos barajas, no me molestaré por pequeñeces y me tragaré un camello.”<sup>102</sup>

Todos los grandes nombres estaban aquí: Wilberforce, Buxton, Macaulay, Brougham. Todos menos Clarkson, una voz en el desierto, que pedía la exclusión de todos los artículos producidos por manos atadas y encadenadas.<sup>103</sup> Sin embargo, incluso Clarkson se opuso en 1839 a la supresión, sobre la curiosa base de que la misma no significaba otra cosa que “poner dinero en los bolsillos de nuestros hombres de guerra”.<sup>104</sup>

La esclavitud no era analizada bajo una luz diferente. Mr. Wilson no estaba preparado para decir que, debido a que la relación entre empleador y empleado era igual a la de amo y esclavo, la misma debía ser estigmatizada como injusta y opresora.<sup>105</sup> El miembro por la Universidad de Oxford se oponía a la trata de esclavos, y estaba preparado, si era necesario, a ir a la guerra por suprimirla,<sup>106</sup> pero jamás hubiera aceptado el criterio de que la propiedad en el hombre era ilegal.<sup>107</sup> El economista político, M'Culloch, recordaba que, sin la esclavitud, los trópicos no pudieran haber sido jamás cultivados, y que, como institución, la esclavitud no estaba justamente abierta al oprobio y la denuncia dirigidos a ella.<sup>108</sup> Observemos con más calma el sistema de la esclavitud, decía el profesor Merivale en una conferencia en Oxford; era un gran mal social, pero diferente en grado y calidad, no en naturaleza, a muchos otros males sociales que había que tolerar, tales como la gran desigualdad de fortunas, la indigencia, o el trabajo excesivo de los niños.<sup>109</sup>

Disraeli, al igual que muchos otros en Inglaterra y Estados Unidos, condenaba la emancipación como el mayor desatino cometido jamás por el pueblo inglés. Era “un tópico excitante... dirigido a un pueblo insular de propósitos firmes, pero muy mal informado”.<sup>110</sup> Éste no era un juicio apresurado, emitido en el curso de una brillante intervención oratoria. Era una opinión meditada, que repitió deliberadamente en su *Life of Lord George Bentinck*. “El movimiento de la clase media en pro de la abolición de la esclavitud era virtuoso, pero no inteligente. Era un movimiento ignorante. La historia de la abolición de la esclavitud por los ingleses, y sus consecuencias, sería un relato de ignorancia, injusticia, desatino, devastación y ruina, sin paralelo en la historia de la humanidad.”<sup>111</sup>



Incluso los intelectuales estaban abstraídos. Coleridge había sido preñado en Cambridge por una oda sobre la esclavitud, y se había abste-nido de consumir azúcar. En 1811, sin embargo, se mofaba del “comercio ilantrópico”, acusaba a Wilberforce de preocuparse sólo por su propia alma, y criticaba a Clarkson como un hombre infatuado por la benevo-encia, “la máquina de vapor moral o el gigante con una idea”;<sup>112</sup> mien-ras que, en 1833, se opuso firmemente a las frecuentes discusiones sobre os “derechos” de los negros, quienes debían “agradecer a la Providencia el haber sido colocados al alcance de los medios de gracia”.<sup>113</sup> En 1792, Wordsworth se mostraba totalmente indiferente ante el “nuevo calor de sentimientos virtuosos” que se había expandido a través de Inglaterra.<sup>114</sup> Sus famosos sonetos a Clarkson, Toussaint L'Ouverture y el “negro vestido de blanco”, son simples magnificencias retóricas, y no por accidente carecen de la profundidad de sus mejores poemas. En 1833, Wordsworth argumentaba que la esclavitud era en principio monstruosa, pero que no era lo peor en la naturaleza humana; la esclavitud no era en sí misma, en todos los tiempos y bajo todas las circunstancias algo para ser deplorado. En 1840, el poeta se negó a ser públicamente asociado a los aboli-cionistas.<sup>115</sup> Southey apoyaba la manumisión obligatoria, mediante la cual podía esperarse razonablemente que la esclavitud se extinguiría en el transcurso de una generación.<sup>116</sup>

Pero la reacción más tétrica y despreciable estaba representada por Carlyle. Este escribió un ensayo, *La Cuestión Negra*, en el que se bur-laba de la “Exeter-Gallery y otras trágicas necedades” que, siguiendo el falso principio de que todos los hombres eran iguales, habían hecho de las Indias Occidentales una Irlanda negra. ¿Serían los caballos los próximos a ser emancipados?, preguntaba. Carlyle contrastaba los “her-mosos negros, hartándose allá de calabazas, y los infelices blancos, sin patatas que comer aquí”. Había sido sólo el hombre blanco el que había dado valor a las Indias Occidentales, y el “indolente ganado de dos patas” debía ser obligado a trabajar. Se debían abolir los abusos de la esclavi-tud, y conservar la preciada cosa en sí: el negro “tiene un *derecho* indis-putable y perpetuo a ser obligado... a realizar un trabajo competente para ganarse la vida”. No era que Carlyle odiara a los negros. No; él los quería, y afirmaba que “con un penique de petróleo usted puede convertir a un pobre negro en algo hermosamente lustroso”. El negro africano, alejado de los salvajes, podía vivir entre los hombres civilizados, pero sólo podía resultar útil en la Creación divina como sirviente per-petuo, a no ser que las Indias Occidentales británicas fueran a conver-tirse, como Haití, en una “perrera tropical”, con el negro Pedro exterminando al negro Pablo.<sup>117</sup> La opinión pública, como se lamentaba Lord Denman, había experimentado un lamentable y desdichado cambio.<sup>118</sup>

49. *Hansard, Third Series*, vol. LXXVI, pp. 947, 963. Peel, 16 de julio de 1844
50. *Ibid., Third Series*, vol. LXXX, p. 482. Peel, 16 de mayo de 1845.
51. *Ibid., Third Series*, vol. LXXXII, pp. 1058-1064, 24 de julio de 1845.
52. *Ibid., Third Series*, vol. XCVI, p. 1125, 22 de febrero de 1848.
53. *Ibid., Third Series*, vol. LVIII, pp. 648, 653, 18 de mayo de 1841.
54. *Ibid., Third Series*, vol. LXXXII, pp. 550, 552, 15 de julio de 1845.
55. *Ibid., Third Series*, vol. XCVIII, pp. 994-996, 24 de marzo de 1848.
56. *Ibid., Third Series*, vol. L, p. 383, 19 de agosto de 1839.
57. *Ibid., Third Series*, vol. LVIII, pp. 167, 169, 10 de mayo de 1841.
58. *Ibid., Third Series*, vol. CIX, p. 1162, 19 de marzo de 1850.
59. *The Manuscripts of J. B. Fortescue...* t. IX, pp. 14-19. De Edmund Lyon a Grenville, 16 de enero de 1807.
60. *Hansard*, vol. XXVIII, p. 349. Lord Holland, 27 de junio de 1814.
61. *Ibid.*, vol XXX, pp. 657-658, 18 de abril de 1815.
62. *Statements, Calculations and Explanations submitted to the Board of Trade...* p. 84. Carta de Keith Douglas, 30 de octubre de 1830.
63. C. O. 137/186. Petición de los diputados de Jamaica, 29 de noviembre de 1832.
64. D. Turnbull, *The Jamaica Movement, for promoting the enforcement of the Slave-Trade Treaties, and the Suppression of the Slave Trade*, Londres, 1850, pp. 65, 94-95, 99, 120, 201, 249, 267.
65. *Times*, 30 de enero de 1857.
66. *Guedalla*, op. cit., pp. 64-66.

## CAPITULO 11

1. R. Coupland, *The Empire in These Days*, Londres, 1935, p. 264. El profesor Coupland entiende la historia del movimiento abolicionista tan poco como su héroe. "Cuán popular es ahora la abolición", escribía Wilberforce en 1807. "Dios puede convertir los corazones de los hombres." Wilberforce, *Life of Wilberforce*, t. III, p. 295, 11 de febrero de 1807.
2. *Hansard*, vol. VIII, pp. 679-682, 6 de febrero de 1807.
3. K. Farrer, ed., *The Correspondence of Josiah Wedgwood*, Londres, 1906, t. I, pp. 215-216, 17 de junio de 1793.

4. Véanse las actas del Comité para la Abolición de la Trata de Esclavos, Add. MSS., 21254, ff. 12-12. De Samuel Hoare a Clarkson, 25 de julio de 1787: "Espero que el celo y el entusiasmo con los cuales ha abrazado usted la causa, se vean acompañados por el temple y la moderación sin los cuales no se puede asegurar el éxito."
5. Wilberforce, *Life of Wilberforce*, t. IV, pp. 240-241. Escrito en 1811.
6. Bell y Morrell, *op. cit.*, p. 376. Memorándum de Stephen, octubre de 1831.
7. C. O. 295/93. De Stephen a Howick, 25 de agosto de 1832.
8. Bell y Morrell, *op. cit.*, p. 420. Minuta de Stephen, 15 de septiembre de 1841.
9. Ramsay, MS. vol., f. 28, 27 de diciembre de 1787.
10. Klingberg, *op. cit.*, pp. 60-61. Vale la pena leer el testimonio de Ramsay ante el Consejo Privado en 1788.
11. Sir G. Stephen, *Anti-Slavery Recollections*, Londres, 1854, p. 77; Richard, *op. cit.*, p. 78. Stephen y Richard discutían realmente la Institución Africana y la Sociedad Antiesclavista.
12. Stephen, *op. cit.*, p. 79.
13. Coupland, *Wilberforce*, p. 417.
14. *Hansard, New Series*, vol. XI, p. 1413. Wilberforce, 15 de junio de 1824.
15. Coupland, *Wilberforce*, pp. 406-408, 411-417. En cuanto a su oposición a las asociaciones femeninas antiesclavistas, véase Wilberforce, *Life of Wilberforce*, t. V, pp. 264-265. De Wilberforce a Babington, 31 de enero de 1826. En cuanto a sus opiniones sobre el Primer Proyecto de Reforma, véase Wilberforce, *Correspondence of Wilberforce*, t. II, p. 265. De Wilberforce a su hijo Samuel, 4 de marzo de 1831.
16. Actas del Comité para la Abolición de la Trata de Esclavos, Add. MSS. 21255, f. 50, véase 12 de agosto de 1788; Add. MSS. 21256, ff. 40 y 96, véanse 31 de enero de 1792 y 29 de marzo de 1797.
17. *Hansard*, vol. IX, pp. 143-144, 17 de marzo de 1807.
18. *Parl. Hist.*, vol. XXXIII, p. 1119, 5 de julio de 1799.
19. *Hansard, New Series*, vol. XIX, p. 1469. Citado por Lord Seaford, 23 de junio de 1828.
20. *Ibid.*, *New Series*, vol. IX, pp. 265-266, 15 de mayo de 1823.
21. Richard, *op. cit.*, p. 79.
22. Stephen, *op. cit.*, pp. 120-122.
23. Richard, *op. cit.*, pp. 101-102, 28 de marzo de 1833.
24. A. Cochin, *L'Abolition de L'Esclavage*, París, 1861, Introducción, pp. xiv-xv.

25. Actas del Comité para la Abolición de la Trata de Esclavos, Add. MSS. 21256, f. 95, 25 de julio de 1795.
26. W. Fox, *Address to the People of Great Britain on the Propriety of Abstaining from West India Sugar and Rum*, Londres, 1791, *passim*.
27. R. K. Nuremberger, *The Free Produce Movement, a Quaker Protest against Slavery*, Durham, N. C., 1943, pp. 9-10.
28. Anónimo, *Remarkable Extracts and Observations on the Slave Trade with Some Considerations on the Consumption of West India Produce*, Stockton, 1792, p. 9. Copia en el Museo Wilberforce, Hull.
29. Naish, *op. cit.*, p. 3.
30. Hoja sin fecha en el Museo Wilberforce.
31. Anónimo, *The Ladies' Free Grown Cotton Movement* (Biblioteca John Rylands). S/f.
32. De Gurney a Scoble, 5 de diciembre de 1840. En el Museo Wilberforce. Hay un número de referencia, D. B. 883, que se da con cierta inseguridad, ya que los heterogéneos documentos no estaban bien ordenados.
33. "The Principles, Plans, and Objects of *The Hibernian Negro's Friends Society*, contrasted with those of the previously existing Anti-Slavery Societies, being a Circular, in the form of a Letter to Thomas Pringle, Esq., Secretary of the London Anti-Slavery Society", p. 3, 8 de enero de 1831 (Biblioteca John Rylands).
34. *Hansard, Third Series*, vol. XX, pp. 315, 323, 324, 5 de agosto de 1833; *ibid.*, p. 446, 9 de agosto de 1833.
35. *Ibid.*, *Third Series*, vol. XXXVIII, p. 1853. Hobhouse, 10 de julio de 1837.
36. *Ibid.*, *Third Series*, vol. LVI, p. 218. O'Connell, 2 de febrero de 1841.
37. *Ibid.*, p. 619, 12 de febrero de 1841.
38. *Ibid.*, *Third Series*, vol. LXV, p. 1075. Baring, 5 de agosto de 1842.
39. *Ibid.*, *Third Series*, vol. LXX, p. 1294, 21 de julio de 1843.
40. *Ibid.*, *Third Series*, vol. LXVIII, p. 753, 10 de abril de 1843.
41. Eng. MS. 741. De Clarkson a L. Townsend, agosto de 1825.
42. Documentos de Clarkson (Museo Británico), Add. MSS. 41267 A, ff. 178-179.
43. *Debates... on the East India Sugar Trade*, p. 35.
44. *Hansard, Third Series*, vol. XXXVIII, pp. 1853-1854, 10 de julio de 1837.
45. *Ibid.*, *Third Series*, vol. LXX, p. 1294, 21 de julio de 1843.
46. Bell y Morrell, *op. cit.*, Introducción, p. xxx.

47. Diarios de Suscripción de la Compañía de las Indias Orientales, hasta £800 000 en acciones adicionales, julio de 1786; Libros de Acciones de la Compañía de las Indias Orientales, 1783-1791, 1791-1796. Estos registros se conservan en la Oficina de Registros del Banco de Inglaterra, en Roehampton, Londres. Henry Thornton suscribió £500, y John Thornton £3 000 de las acciones emitidas en 1786. John legó, a su muerte, £2 000 a cada uno de los otros, con lo cual Henry quedó con £3 000, Robert con £4 000, y Samuel con £3 000.

48. *Debates on the Expediency of Cultivating Sugar in the Territories of the East India Company*, East India House, 1793.

49. *Debates... on the East India Sugar Trade*, p. 5. Solamente Ragatz, *The Fall of the Planter Class...*, p. 363, menciona este importante hecho.

50. Macaulay, *op. cit.*, p. 29.

51. *Debates... on the East India Sugar Trade*, p. 36. Hume.

52. *Correspondence between... Gladstone... and Cropper...*, p. 15; F.A. Conybeare, *Dingle Bank, the Home of the Croppers*, Cambridge, 1925, p. 7; Ragatz, *The Fall of the Planter Class...*, p. 364.

53. J. Cropper, *Letters to William Wilberforce, M. P., recommending the encouragement of the cultivation of Sugar in our dominions in the East Indies, as the natural and certain means of effecting the total and general abolition of the Slave Trade*, Liverpool, 1822, Introducción, p. vii.

54. *Correspondence between... Gladstone... and Cropper...*, p. 16. Cropper contestó que esta relación había terminado, a lo cual replicó Gladstone: "Sería más que una curiosa coincidencia si encontráramos que esta cesación era coincidente con su conversión en un escritor público contra la esclavitud: y, en ese caso, ¿no resulta singularmente curioso el hecho de que no se haya sentido inducido a convertirse en escritor hasta que hubo cerrado su agencia de algodón cultivado por esclavos? *Ibid.*, p. 37.

55. *Correspondence between... Gladstone... and Cropper...*, p. 55.

56. J. Cropper, "Slave Labour and Free Labour". *The substance of Mr. Cropper's Address on Wednesday November 22 (1825), at the respectable meeting at the King's Head Derby*, Derby, 1825, p. 3. Biblioteca John Rylands.

57. J. Cropper, *A letter addressed to the Liverpool Society for Promoting the Abolition of Slavery, on the injurious effects of high prices of produce, and the beneficial effects of low prices, on the condition of slaves*, Liverpool, 1823, pp. 8-9.

58. *Ibid.*, p. 22.

59. J. Cropper, *Relief for West Indian distress, shewing the inefficiency of protecting duties on East India sugar and pointing out other modes of certain relief*, Londres, 1823, p. 9.

60. *Ibid.*, p. 30.

61. Conybeare, *op. cit.*, pp. 25, 56-57.
62. *The Liverpool Mercury and Lancashire General Advertiser*, 7 de junio de 1833.
63. Coupland, *The British Anti-Slavery Movement*, p. 124; Mathieson, *British Slavery and Its Abolition*, p. 125.
64. Wilberforce, *Life of Wilberforce*, t. V, p. 180.
65. *Hansard, New Series*, vol. IX, p. 467, 22 de mayo de 1823.
66. *Ibid.*, *New Series*, vol. VII, p. 698, 17 de mayo de 1822.
67. Coupland, *The British Anti-Slavery Movement*, p. 124.
68. Klingberg, *op. cit.*, p. 203.
69. Burn, *op. cit.*, p. 88.
70. Ragatz, *The Fall of the Planter Class...*, p. 436.
71. *Hansard New Series*, vol. IX, p. 349. Baring, 15 de mayo de 1823.
72. Klingberg, *op. cit.*, p. 146.
73. *Ibid.*, pp. 147-148.
74. Wilberforce admitió posteriormente que "nos ha sido representado en colores demasiado favorables el carácter religioso de Alejandro el Grande". A Lady Olivia Sparrow, 31 de mayo de 1814. En el Museo Wilberforce, D. B. 25 (60). Wilberforce escribió al zar una dura carta sobre este tema. Wilberforce, *Life of Wilberforce*, t. V, pp. 136-137. De Wilberforce a Macaulay, 20 de noviembre de 1822. Wilberforce consideró la importación de productos brasileños por parte del zar, después de haber prometido éste boicotearlos, como "un abuso de confianza por el cual, si del mismo fuese hallado culpable un ciudadano particular, perdería para siempre la condición de hombre de honor". Documentos de Liverpool, Add. MSS. 38578, ff. 31-32. De Wilberforce a Liverpool, 4 de septiembre de 1822.
75. *Correspondence... of Castlereagh*, vol. XII, pp. 4-35. Memorándum de James Stephen, 8 de septiembre de 1718, "referente al África y las discusiones coloniales que pudieran llevarse a cabo en el Congreso de Aix-la-Chapelle".
76. Wilberforce, *Life of Wilberforce*, t. IV, p. 133.
77. *Hansard*. vol. XXVIII, pp. 279, 284, 27 de junio de 1814.
78. *Ibid.*, p. 393, 28 de junio de 1814.
79. Wilberforce, *Life of Wilberforce*, t. IV, p. 209, 7 de septiembre de 1814.
80. *Despatches... of Wellington*, t. V, p. 15, 4 de septiembre de 1828.
81. *Hansard, Third Series*, vol. XCVI, p. 37. Bentinck, 3 de febrero de 1848.
82. Folletos en la Biblioteca John Rylands.

83. *The Liverpool Mercury and Lancashire General Advertiser*, 23 de julio de 1832, que informa sobre una reunión de la Asociación de las Indias Occidentales de Liverpool.

84. *Ibid.*, 24 de agosto de 1832. Carta de "Otro Elector", a "Un Elector".

85. Anónimo, *The Tariff of Conscience. The Trade in Slave Produce considered and condemned*, New Castle Anti-Slavery Series, no. 11, s/f. Biblioteca John Rylands.

86. Anónimo, *Conscience versus Cotton; or, the Preference of Free Labour Produce*, Newcastle Anti-Slavery Series, no. 10, s/f. Biblioteca John Rylands.

87. *Hansard, Third Series*, vol. XIX, p. 1177, 24 de julio de 1833.

88. *Ibid.*, *Third Series*, vol. VI, p. 1353, 12 de septiembre de 1831.

89. *Ibid.*, p. 1355. Hume.

90. Eng. MS. 415. De Buxton a Mrs. Rawson, 6 de octubre de 1833.

91. *Hansard, Third Series*, vol. XCIX, p. 1022, 22 de junio de 1848.

92. Eng. MS. 415. De Buxton a Mrs. Rawson, 6 de octubre de 1833.

93. De Gurney a Scoble, 5 de diciembre de 1840. Museo Wilberforce, D.B. 833.

94. *Hansard, Third Series*, vol. LXXXI, p. 1159. Citado por Hutt, 24 de junio de 1845.

95. *Ibid.*, *Third Series*, vol. CIX, p. 1098. Citado por Hutt, 19 de marzo de 1850. En 1858, Wilberforce declaró: "No teníamos ningún derecho a presentarnos ante el mundo como los supresores de la trata de esclavos, a menos que estuviéramos honesta y firmemente preparados para hacer cumplir aquellos tratados para su supresión firmados con nuestros aliados". *Ibid.*, *Third Series*, vol. CL, p. 2200, 17 de junio de 1858.

96. *Ibid.*, *Third Series*, vol. XCIX, p. 849, 19 de junio de 1848. En 1850, Buxton pidió la exclusión del azúcar cultivado por esclavos, aunque no la del algodón y el tabaco igualmente cultivados por esclavos, alegando que "no veía razón por la que no oponerse a un mal al cual podía enfrentarse con éxito, porque había otros males a los que le resultaba imposible oponerse". *Ibid.*, *Third Series*, vol. CXI, p. 533, 31 de mayo de 1850. En 1857, Buxton envió un mensaje a la reina, en el que pedía que se hicieran todos los esfuerzos por poner fin a la trata de esclavos. *Ibid.*, *Third Series*, vol. CXLVI, 1857, 14 de julio de 1857. Este cambio de opinión coincidió con un cambio en el punto de vista de los capitalistas. Hutt era presidente, en 1849, de un comité que describía los esfuerzos por suprimir la trata de esclavos como impracticables y sin esperanzas. En 1853, otro comité, del cual formaban parte tanto Hutt como Bright, declaró que "estos esfuerzos humanitarios, realizados a través de tantos años, deben ser considerados como honorables para la nación, y los resultados obtenidos un fuerte estímulo para perseverar hasta que este inicuo comercio sea enteramente abolido". Mithicson, *Great Britain and the Slave Trade*, pp. 133-134.

97. *Hansard, Third Series*, vol. CXXXIX, p. 116, 26 de junio de 1855.
98. *Ibid., Third Series*, vol. LXXVI, p. 187, 2 de julio de 1844.
99. *Ibid., Third Series*, vol. CL, p. 2205, 17 de junio de 1858.
100. *Ibid., Third Series*, vol. LXXVII, pp. 1290, 1292, 1300, 1302, 26 de febrero de 1845.
101. *Ibid., Third Series*, vol. LVIII, p. 193, 11 de mayo de 1841.
102. *Ibid., Third Series*, vol. LXXVII, p. 1290, 26 de febrero de 1845.
103. *Ibid., Third Series*, vol. LXXVIII, pp. 4-5, 27 de julio de 1846. Esta era una petición de Clarkson, presentada por Brougham a la Cámara de los Lores.
104. Mathieson, *Great Britain and the Slave Trade*, pp. 34-35. La referencia es al "head-money": £4 por tonelada sobre cada barco capturado sin esclavos, £5 por cabeza sobre esclavos entregados vivos, £2,10.0 sobre aquéllos que murieran después de su captura.
105. *Hansard, Third Series*, vol. XCVI, p. 85, 4 de febrero de 1848.
106. *Ibid., Third Series*, vol. L, p. 131. Inglis, 8 de agosto de 1839.
107. *Ibid., Third Series*, vol. XCIX, p. 1324. Inglis, 29 de junio de 1848.
108. *Ibid., Third Series*, vol. LXXXVIII, p. 163. Citado por Disraeli, 28 de julio de 1846.
109. Merivale, *op. cit.*, pp. 303-304.
110. *Hansard, Third Series*, vol. XCVI, p. 133, 4 de febrero de 1848.
111. Morley, *op. cit.*, t. I, p. 78.
112. Sypher, *op. cit.*, p. 217.
113. E.B. Dykes, *The Negro in English Romantic Thought*, Washington, D.C., 1942, pp. 79-80.
114. Sypher, *op. cit.*, pp. 215-216; Dykes, *op. cit.*, p. 70.
115. Lewis, *op. cit.*, pp. 15, 17.
116. *Ibid.*, pp. 13-14.
117. T. Carlyle, "The Nigger Question", en *English and other Critical Essays*, edición de Everyman's, Londres, 1925. Debe ser leído todo el ensayo, escrito en 1849.
118. *Hansard, Third Series*, vol. XCVI, p. 1052, 22 de febrero de 1848.